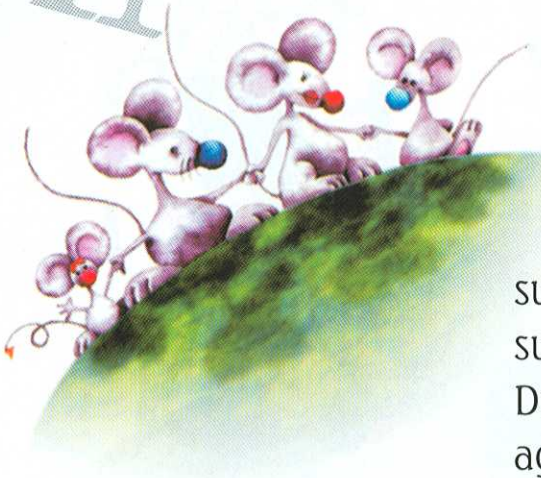
En ese momento, el corazón de Bonifacio dió un salto más grande que el que podía dar con sus patas, pues se acordó de sus parientes los ratones Pérez, ellos vivían al otro lado del bosque. Desesperadamente, se fue a buscarlos dando grandes saltos, pero sólo encontró su casa desbaratada e incendiada. Encontró tirada en el piso una fotografía de la familia con sus bordes chamuscados. Metió la foto en el bolsillo de su pantalón de estrellas y regresó a su casa triste y acongojado. Sus alfilerudos bigotes se encorvaron, pensaba que los había perdido para siempre.

Cuando iba de regreso, detrás de un carro viejo, escuchó un lloriqueo. Se trataba de Carlitos el menor de los hijos de la familia Ardilla Hule. Bonifacio llevó al pequeñín, todavía aturdido por el suceso, al parque donde estaba Rita y sus hijos, mientras se tenía noticias de su familia.

11



Pasaron varios días, todos los animales se habían organizado para reconstruir y arreglar las viviendas que se habían dañado cuando a lo lejos se vieron unas pequeñas sombras que se acercaban. Eran los Pérez, estaban vivos. Rita llamó apresuradamente a Bonifacio que cuando los vio lloró de felicidad.

Todos se abrazaron, por lo menos estaban con vida. Sin embargo, los Pérez se veían muy tristes por la pérdida de su casa. Los niños también se veían acongojados, pues sus juguetes y sus libros se habían quemado. Durante varios días no habían tenido ni agua, ni comida, ni un sitio donde dormir.

Ni siquiera dinero para comprar, pues con el suceso los bancos no habían funcionado. Habían tenido que irse a vivir a la casa de una familiar en un pueblo cercano.

Realmente, estaban muy disgustados con Pietra porque había descargado su energía estomacal sobre ellos. Bonifacio, les recordó que un día les había advertido sobre la necesidad de reforzar su casa para evitar que se destruyera con un terremoto. Los Ratones Pérez, en esa ocasión, no creyeron que eso pudiera suceder y poco les había importado. Claro sólo hasta ese día de mayo.

Bonifacio trató de calmarlos y les dijo que no era cierto que Pietra quisiera hacerles daño sino que eran ellos los que no habían escuchado sus constantes advertencias.

Les contó que cuando la vieja Pietra Terrosa le daba por acomodarse, muchas de las cosas que estaban sobre ella podían caerse. Siempre había sido así y en el futuro podía volver a ocurrir. Dibujándoles a Pietra, cuando era joven, les hizo entender que era un ser vivo con su propia personalidad y que cambiaba permanentemente.

Los niños Pérez estaban muy asombrados, se imaginaron a Pietra como un gran huevo tibio con su cáscara flotante partida en grandes pedazos. Gracias a sus movimientos, existía la Cordillera de los Andes, los volcanes y otras maravillas de la naturaleza.